

# DESMONTANDO A DISNEY



La cultura infantil tiene un importantísimo patrimonio literario: los cuentos clásicos. Desde sus inicios, la factoría Disney descubrió en este acervo literario un filón comercial. Los cuentos nutrieron los guiones para sus mayores éxitos de taquilla. Sin miedo a exagerar, podemos afirmar que Disney se ha convertido en el mayor cuentacuentos mundial y en el transmisor más influyente de aquellos relatos que llegaron a nosotros del folklore o la tradición popular o que fueron concebidos en los XVIII y XIX. Los niños y las niñas de nuestro tiempo creen conocer los cuentos clásicos porque han visto, escuchado o leído algún producto Disney; pero Disney, el falso albacea de los cuentos, no ha transmitido fielmente,

en la mayor parte de las ocasiones, el texto original ni su finalidad. La fuente primaria se ha visto no pocas veces mutilada, tergiversada y edulcorada según su antojo. Aquellas obras fueron creadas para fines muy distintos de los que pretende Disney.

Muchos niños y niñas – y quizás también personas adultas – no saben que los enanitos de los hermanos Grimm tenían *su casita tan limpia que no se podía pedir más y sus sabanitas tan blancas como la nieve* (no era necesario exclamar ¡se nota que aquí no hay mujeres!), ni que la malvada Madrastra fue condenada a bailar con unos zapatos de hierro al rojo vivo hasta morir. Quizás tampoco sepan que la auténtica Sirenita de Andersen, que tampoco se llamaba Ariel, murió sin casarse con el príncipe, aspirando únicamente a tener un alma inmortal. Muy probablemente tampoco sepan que la Bella Durmiente, en la versión de Basile, se llamaba Talía y que fue violada por un rey que la encontró dormida y no pudo resistirse a su ardor. Tampoco despertó de su sueño por un beso de amor sino por unos hijitos que le nacieron a los nueve meses y que muertos de hambre le sacaron una espina del dedo al intentar mamar. Y seguro que no se imaginaban que la hermanastra mayor de Cenicienta fue obligada por su madre a cortarse el dedo gordo del pie y la menor a cercenarse su talón para

intentar calzar el zapato de Cenicienta. Estos no son sino una mera muestra anecdótica de cómo el texto original ha sido modificado según los intereses de Disney. Estas versiones poco fieles con los cuentos originales se hicieron para dirigir estos cuentos a un público infantil, pues muchos en su origen no lo eran. Pero estas versiones de Disney se convierten en sucedáneos almibarados con gran poder anestésico para nuestra infancia y gran capacidad de transmisión de estereotipos y "sueños" muy alejados del mundo real.

Delantales, cubos con agua, escobas y otros utensilios del hogar son ornamentos naturales de los personajes femeninos. Ausencia de inquietudes intelectuales en la mayor parte de sus protagonistas que sólo necesitan ser coquetas, sensuales y muy seductoras. Salvo en el caso de Bella que *además de ser buena era culta, porque leía mucho*, motivo por el que las demás mujeres la consideraban rara. En ningún momento se les dice a las niñas que necesitan en la vida algo más que casarse y ser guapas y delgadas. Los cánones de belleza física fueron cambiando desde la virginal Blancanieves hasta llegar a la casi anoréxica sirenita Ariel. En este cuento, Disney propone como extremo de fealdad y maldad a un personaje obeso y repulsivo, la bruja del mar Úrsula, creando un binomio terrible que se traduce en delgadez=bondad y obesidad=maldad. Aunque Disney repita hasta la saciedad el lema de que la belleza está en el interior, nuestras niñas ven a guapas princesas que enamoran a guapos y fuertes príncipes. Por regla general, el elemento

femenino de los clásicos Disney suele estar subordinada al masculino. En la mayor parte de los guiones la protagonista se encuentra en una situación de riesgo y necesita del protagonista masculino para ser salvada. Las Princesas no son capaces de cuidar de sí mismas y necesitan de la ayuda de un hombre para estar a salvo. Han sido condenadas a renunciar a su autosuficiencia o a sufrir dolor o muerte, porque contarán con un Príncipe valiente, fuerte y guapo (nunca femenino) que las rescate y con quien casarse, para ser eternamente felices.

Afortunadamente, y a pesar de Walt Disney, ni todas las niñas hoy quieren ser princesas guapas y sumisas, ni todos los niños quieren ser machotes valientes y fuertes.

